

La mujer y la bolsa

ELENA F. ECHEVARRIA

Llevaba una tarde muda, sentada ya hacía mucho rato en el mismo banco oía a los trenes llegar, impuntuales como un reloj abandonado, y alejarse con una lentitud llena de humo. Ininterrumpidamente, grupos

de personas llegaban a la estación. Fuera la tarde comenzaba a caer. Después de un caluroso día, la gente inconscientemente caminaba buscando las sombras. Sólo una mujer había llamado

mi atención, realizaba un paseo mecánico y se paraba de vez en cuando a meditar. Tras una de sus cavilaciones vino a sentarse ligeramente apartada de mí. Tenía deseos de hablar, y mientras ella pensaba como iniciar la conversación, miré su falda multicolor y su bata raída. Desprendía un penetrante olor que después de un rato dejé de percibir. Su rostro tenía arrugas profundas, sin duda había envejecido de golpe, no debía tener muchos más años que cualquiera de las mujeres que estaban por allí.

La escuché mirando sus hondos y tristes ojos grises.

—Se hace largo esperar ¿verdad?

—No me importa, me gustan las estaciones.

Con las manos metidas en los amplios bolsillos, movía ruidosamente unas monedas.

—Es muy caro el tren; he estado pidiendo aquí todo el día, y apenas me llega el dinero para volver a casa. Nunca me había encontrado así.

No me dirigía la mirada, la había posado en un punto lejano y probablemente su pensamiento flotara en otros años mejores en lo que se había sentido alegre con su suerte.

—Seis veces han operado a mi marido. El pobre no puede trabajar. Y mi pobre niña subnormal.

Me recorrió un escalofrío. De repente me pareció que no iba tan sucia. Volví a mirar su falda, ví unos sùtiles tonos anaranjados. Ví sus manos limpias, y descubrí que su olor era muy semejante al de una hoguera.

—El tren es muy caro. Esta mañana he subido sin sacar billete. Me ha descubierto el revisor, pero no me ha dicho nada: Me ha buscado un asiento, estaba muy cansada.

Se levantó, y de nuevo comenzó a recorrer el circuito del pasillo, puerta, andén, puerta, pasillo, andén...

Me había puesto triste. Cuando aparecía por la puerta, y dejaba proyectar su sombra junto a mí, se alteraba mi respiración. Luego una inquietante espera hasta que ella volvía a aparecer.

A partir de entonces fue como si el tiempo dejara de pasar, y el tren no pensara llegar en ese día; Sentía su desgracia, y como ella, salí a tomar el aire, e ideé mi propio circuito de desesperación.

Traté de reconstruir su vida, pero me faltaban muchos datos. Deseé que me viniera a contar algunas cosas, pero ahora, sentada con la cabeza entre sus manos, parecía estar transportada a otro lugar.

Traté de imaginar como sería mi vejez, pero no lo lograba. Me veía despreocupada y jovial. Traté de ser más realista, pero fue inútil.

Ella entabló conversación con una señora joven. Oí que debía tomar su mismo tren. Ese tren que no quería llegar.

Me senté de nuevo en un banco hasta que llegaron alborotadores mis amigos, y me rodearon. Traté de contarles las sensaciones de la tarde, pero no dejaban de reír. Comencé a reír yo misma, y entonces ví que ella nos observaba. Tuve miedo de un posible conjuro.

Y cuando pensaba que nunca ocurriría, llegó el tren. Ella pasó a nuestro lado y dijo algo que no entendí y mis amigos no advirtieron. Subió al tren, y desde la ventacilla seguía su mirada. El tren seguía sin moverse, y mis amigos se marcharon al bar. Me había quedado sola, iba a marcharme, pero en ese momento me llamó. No quería obsesionarme después pensando que es lo que quería haberme dicho, así que me acerqué.

—Por favor, me dijo. Corre mira si me he dejado una bolsa de plástico en aquellos bancos de allí.

En todo el día únicamente un tren se detenía en su apeadero, no podía arriesgarse a dejarlo perder.

Corrí entre la gente, miré apresurada y lo encontré.

Cuando me dí la vuelta, el tren comenzaba a caminar, nos dimos cuenta de que mi esfuerzo sería inútil. Ella me gritó:

—¡Guardala!, ¡Guardala!

Me hizo una señal de despedida.

Me asustaba la bolsa y lo que ella pudiera contener. No sentía deseos de abrirla, de repente había desaparecido de mi toda curiosidad.

Nuestro tren estaba a punto de llegar y dudaba si llevarme la bolsa o no.

Mis amigos se acercaron sonrientes, pusieron sus manos sobre mis hombros y me dedicaron una canción. Me sumé a su alegría, fui hasta el banco donde había encontrado la bolsa y allí la abandoné. Ella y su dueña no se me fueron de la memoria durante todo el viaje.



Dibujo de Alicia Solla.

J. Ramírez de San Bartolomé 2 obras en metacrilato



J. Ramírez de San Bartolomé expuso en la Casa de la Cultura de Talavera de la Reina una muestra de su obra en metacrilato, técnica singular, difícil y atractiva. La colección, compuesta por una treintena de cuadros, se mantuvo abierta al público desde el pasado 24 de mayo hasta el 12 de junio. El joven artista reside en San Bartolomé de las Abiertas. La mujer barbuda reproduce dos de estas obras, fieles reproducciones de dos famosas piezas artísticas.



LA MUJER BARBUDA

Director Gerente: José Retana
Jefe de Redacción: Amador Palacios.

Maquetador: Antonio Arriero
Colaboradores: Joaquín Benito de Lucas, Ángel Crespo, Antonio Fernández Molina, Francisco Leal, Francisco López, Charo Mayordomo, José Pedro Muñoz, Manuel Pacheco, Jesús Pino, Carlos de la Rica, Pablo Sanguino, José del Saz-Orozco, José Manuel Souza y Juan Carlos Valera.